

Hacha tallada prehistórica

POR EL DR. PEDRO HERNÁNDEZ, P.BRO.

En una de las periódicas visitas que, en cumplimiento de nuestro deber, solemos realizar a la escuela nacional del lugar de la Majadilla (Telde) y en el mes de marzo último, nos topamos con un buen hombre, feligrés de esta parroquia, obrero de pico y azada y al interrogarle después del consabido saludo sobre si, en su ya larga vida (unos sesenta años), al llevar a cabo trabajos de roturación de terrenos, apertura de zanjas, pozos, etc., había hallado algún objeto de los primitivos canarios, respondíome negativamente; pero más tarde, haciendo memoria, añadió: Recuerdo que, hace unos cuarenta años, al realizar una cata para la apertura de un pozo frente al lugar de "Belén", sito en el "Cortijo de San Ignacio", entre las escorias volcánicas conocidas en ésta con el nombre de "Malpais" y también con el de "cascajo", fué hallada una sepultura bipersonal, llamando grandemente la atención a los obreros que realizábamos la faena la presencia en ella de unas piedras veteadas de color rojizo y amarillento que se destacaban sobre aquellas oscuras escorias, piedras que nos distribuimos por estimar, después de examinarlas, que podían sernos útiles como "piedras de fuego". Preguntado si conservaba la dicha piedra, respondíome que recordaba haberla visto en su morada anterior, la que dejó hace unos seis años para trasladarse en la que al presente habita, ignorando si se le había extraviado al realizar la mudanza de domicilio; añadió que era muy "bonita" y que servía hasta para poner de pie como objeto de adorno sobre la mesa de un despacho. Instado a que la procurase para, a la vuelta de nuestra visita, verla y examinarla, así lo prometió. Continué mi camino en dirección a la escuela, di comienzo a mi explicación catequística y, no había terminado aún, cuando se presenta nuestro buen hombre exhibiéndome la "piedra bonita" y cual no sería mi asombro cuando, después de examinarla con algún detenimiento, me encuentro con un hacha de mano tallada en un nódulo de pedernal o sílex, ejemplar precioso y único en nuestra isla, que sabemos, de este útil tan característico de los comienzos del Neolítico y que, cuando es simplemente tallado como en este caso donde sólo el filo presenta pulimento, nos recuerda las hachas del paleolítico; su forma es triangular con el típico filo u hoja tallada a grandes golpes con dos cortes a derecha e izquierda bastante perfectos (tipología que nos recuerda las hachas del período chelense) y deja ver uno de los extremos de la dicha hoja aguzado en punta. Su tamaño es de unos trece centímetros y su peso de ochocientos quince gramos. Su valor arqueológico e importancia para el estudio de nuestra

arqueología prehistórica sube de punto, si se tiene en cuenta que apenas se han recogido objetos de piedra tallada en las distintas estaciones y yacimientos de nuestra isla, abundando en cambio en nuestras colecciones los objetos de piedra pulimentada; otro motivo que da relieve extraordinario a este feliz hallazgo lo constituye el hecho de que el material empleado en la ejecución de dicho útil es el pedernal o sílex, material tan codiciado y solícitamente buscado en las entrañas de la tierra, por el hombre prehistórico de las más primitivas etapas culturales, para la ejecución de sus útiles líticos por su dureza y relativa facilidad para ser elaborado, tanto mayor cuando aquél se extrae de mayores profundidades. ¿Cuál era el objeto de la presencia de este útil lítico en una fosa y junto a dos esqueletos? Muy posiblemente la creencia de los aborígenes en el más allá, la preocupación de que no todo terminaba con la muerte, creencia que nos confirman nuestros principales cronistas, sobre todo el Dr. D. Tomás Marín de Cubas y el cremonense Leonardo Torriani que, al exponer el por qué los aborígenes hacían sus enterramientos procurando aislar el cuerpo de la tierra, escribía: "Porque la tierra que ya fué animada o vivificada con la otra no se mezclase, creyendo ellos que después de largo espacio de tiempo aquéllos otra vez deberían tornar a la vida", creencia que les hacía muy probablemente pensar que dichos objetos podrían serles útiles en la vida de ultratumba. También pudiera ser un mero sentimentalismo el móvil que guiaba a los aborígenes a colocar tales objetos en las sepulturas, al igual que hoy solemos depositar piadosamente en las tumbas de nuestros deudos aquellos objetos mirados por ellos con más cariño, o aquéllos que más en contacto estaban con el mismo. Y, por último, pudiera también tratarse de amuletos para precaver la violación de la sepultura y proteger los queridos despojos allí depositados de toda profanación.

Como complemento de este trabajo, hemos de consignar aquí que, cerca del caserío de Rociana en el término de Valsequillo y al pie de los lomos que llevan los nombres de "Berganziano" y de "La Era de la Mesa" existen yacimientos del preciado mineral en que está ejecutada nuestra hacha, siendo curioso anotar que a semejanza de las minas prehistóricas del Neolítico, dichos yacimientos están excavados siguiendo los filones de sílex cuya dirección denuncian hoy "ciertas porciones de tierra hundida en el hueco que formaron los que desde el barranco fueron extrayendo las piedras de fuego de las vetas.." según nos dice D. José María Zuaznavar y Francia en su "Diario de mis ocupaciones durante mi mansión en Telde".

Telde, 26 de abril de 1943.

